

Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano

Se llama Conservadora únicamente en el sentido de que no es antirreligiosa, ni anticapitalista. Va en marcha hacia la Integración de Centroamérica y Panamá, por encima de las divisiones partidistas.

PANORAMA

EDITORIAL

LA INDUSTRIA NICARAGUENSE Y SU PROYECCION A CENTROAMERICA

La Cámara de Industrias de Nicaragua, como lo han venido haciendo las demás de Centro América, ha iniciado recientemente una campaña de estímulo al consumo de los productos nacionales. Tal hecho ha sido considerado por nosotros de sumo interés porque, de acuerdo con sus enunciados, la industria es un medio efectivo para mejorar la situación socioeconómica de Nicaragua y su comercio con los otros países de Centroamérica. Constituye, además, una fuente de trabajo irremplazable al mismo tiempo que una generadora de divisas.

De acuerdo con los Postulados de la Cámara nuestro consumidor debe apoyar las industrias nacionales, esto es consumir lo que el país produce ya que así tendríamos mayor producción y, en consecuencia, más salarios que significan mayor poder de compra —lo que genera un efecto multiplicador en la actividad económica—, precios más favorables, nuevas inversiones, mejores servicios y productos, como también una mayor utilización de las materias primas nacionales.

El sentido de la Campaña parece obedecer a un reclamo de los industriales a los ciudadanos, con el fin de que éstos aporten su ayuda a aquéllos, y de esa manera la Industria realice la misión de resolver el serio problema que afronta Nicaragua —al igual que los otros países pobres del mundo, en especial los de Centroamérica—, como es el de obtener un grado de desarrollo que pueda hacer frente a las exigencias que le impone una población en crecimiento continuo y explosivo que cada día exige con más fuerza una vida mejor.

No está demás recordar que el desarrollo industrial ha sido el camino escogido por los países en vías de desarrollo para diversificar su producción y, con tal propósito, otorgan incentivos a sus empresas industriales. En esos países se principia por crear industrias que han de sustituir las importaciones de bienes de consumo; luego, se encamina el esfuerzo a la exportación de dichos bienes; en seguida se substituyen las importaciones de bienes de capital y finalmente, cuando el país alcanza un elevado desarrollo, se aventura a exportar bienes de capital. Pero este proceso completo toma años para llevarse a cabo: requiere enormes esfuerzos, grandes capitales, mucha tecnología y patriotismo porque es precisamente del patriotismo de los consumidores que dependen, por de pronto, los industriales.

Ahora bien; el reclamo de los industriales a los consumidores nace del estado de “entre-dicho” en que la opinión pública ha colocado a la industria, acusándola de inoperante, de ser carga del fisco y la identifica con lo que llama el fracaso de Nicaragua en el Mercado Común Centroamericano.

Nosotros opinamos, por el contrario, que nuestros problemas son comunes a todas las naciones pobres de la tierra, que resulta más positivo el esfuerzo acompañado de optimismo que encierra la frase popular “A Dios Rogando y con el mazo dando” y que Gobierno, Empresa Privada y Pueblo tienen la obligación de unirse para su mutua superación.

Para comprender la industria nicaragüense hay que empezar por conocer sus génesis

y evolución. La Nicaragua de los siglos XVIII y XIX sólo conoció un tipo de empresa como generadora de producción: la agraria; porque la actividad comercial estaba al servicio de las haciendas y de una población urbana que, a pesar de su escaso poder de compra, permanecía satisfecha. El hacendado era de tipo patriarcal y estaba muy lejos de tener problemas laborales y de sufrir grandes presiones. Su administración era centralizada; sus rendimientos y sus costos no se medían en estándares exigentes y el mercado de sus productos no presentaba gran complicación.

Sin tomar en cuenta el primer esfuerzo industrial de Nicaragua gestado a fines del siglo pasado —el Ingenio San Antonio— y los posteriores de la Compañía Cervecería de Nicaragua, la Cementera Nacional, la Aceitera Corona, Compañía Tabacalera de Nicaragua y algunas otras empresas, la industria del país se mantuvo a nivel artesanal hasta la década de 1950. Más aún: en los comienzos de la citada década se da un salto, pero en la agricultura. Coincidiendo con la guerra de Corea surge el crecimiento de la producción algodonera: se comienza a producir 10.000 pacas hasta llegar a las 500.000. Sin embargo el salto no sólo es violento por pasar súbitamente del arado de bueyes al tractor, sino que también es un elemento de confusión. Sí, el algodonero se confunde. Unos cuantos aviones fumigadores volando sobre los plantíos de León y Chinandega, un par de barcos anclados para cargar algodón en el puerto de Corinto, cuatro hilos de asfalto regados sobre una inmensidad de polvo, todo eso hace perderle el sentido de la realidad: se considera rico. Le pasa lo del muchacho campesino que, al conseguir su primer trabajo en la ciudad, estrena sus primeros zapatos y descubre el cine. Y esa confusión encarece la vida, el costo de la tierra contribuye a subir los servicios profesionales a niveles absurdos. El hombre de la baja clase media, fuera de acostumbrarse a una vida ficticia que le proporciona el crédito, forma hábitos de consumo por encima de sus capacidades y de la propia capacidad del país. A principios del segundo lustro de la década se entra a un ciclo de "vacas flacas", hay una recuperación del aliento durante la primera mitad de la presente década y, de nuevo, en la segunda mitad vuelven las caras tristes.

Hoy se lamenta de que Nicaragua tenga en el Mercado Común Centroamericano un saldo desfavorable de 24 millones de pesos centroamericanos. A esta grave lamentación se suman otras: la balanza de pagos es negativa, los problemas fiscales muy serios, la desocupación y el costo de la vida son los únicos que suben, etc. Al fin parece que se ha aprendido la lección: somos pobres y seguiremos siéndolo por varias generaciones. Sin embargo, nuestros recursos son abundantes y, en caso de saberlos utilizar, han de rendirnos dividendos.

Nuestra norma debe ser la austeridad, sobre todo cuando estemos en los ciclos favorables que han de volver. Tampoco creemos que frenar los justos anhelos de un pueblo sea la fórmula que conduzca a su felicidad.

La solución está en el impulso de la producción y en disciplinar los gastos.

La Industria es, sin duda, un medio eficaz e inmediato de acelerar nuestro desarrollo. Sobre todo el apoyo del Estado al industrial se traduce en una buena inversión que da réditos muy pronto. Los industriales, por su cuenta, deben ser mejores administradores y más agresivos mercadistas. Así lo han comprendido y por eso están haciendo un esfuerzo encaminado hacia una verdadera superación que no puede ignorarse, superación en la que el público consumidor tendrá que poner su parte consumiendo de preferencia los productos nacionales. Téngase en cuenta que la Industria ya representa en Nicaragua el 20% del producto nacional y, naturalmente, es una inversión que no puede ni hay que dejarla perderse.

Muchos de nuestros problemas, como dejamos dicho, son similares a los de las otras repúblicas centroamericanas. Pero algunos de los nuestros difieren hasta tal punto que constituyen un caso sui generis. Si miramos rápidamente el aspecto industrial del istmo podemos abarcar el siguiente panorama.

Guatemala, a pesar del grave problema de las guerrillas, continúa siendo beneficiada por las inversiones extranjeras en el campo industrial. Su población, indudablemente, es la mayor del istmo y, no obstante que gran parte de ella es marginal, ofrece un interesante mercado. Además su clase dirigente ha recibido un fuerte influjo de inmigración europea —principalmente alemana— que le ha dado una gran capacidad empresarial.

El Salvador, por su parte, presenta las características particulares de su clase empresarial que la pone en una situación ventajosa dentro del Mercado Común. Los principales capitales salvadoreños se originaron en el siglo XIX y fueron hechos con inversiones en café por militares acaudalados que tuvieron el acierto de preparar a sus hijos en Europa y Estados Unidos, donde aprendieron a ser eficientes empresarios mucho antes que los nicaragüenses. La densidad de la población, por otro lado, ha contribuido a darle a los salvadoreños un in-

centivo al progreso ante la adversidad como diría Toynbee. Tienen una clara comprensión de sus problemas y, consecuentemente, han formulado una política de desarrollo frente a Centroamérica, autoubicándose como Bélgica dentro del Mercado Común. Comprenden que su misión es la de productores industriales, dejando a Honduras y a Nicaragua el papel de una Ucrania, o sea como suplidores de granos. Resulta interesante observar, por consiguiente, el propósito común que existe en El Salvador entre los empresarios del sector privado y los funcionarios del gobierno.

En Honduras el grupo étnico de origen árabe, que tradicionalmente ha controlado el comercio, ha venido impulsando en los últimos años el desarrollo industrial tanto en Tegucigalpa como en la Costa Norte. Esto, a mediano plazo, les resultará ventajoso, pues es más fácil pasar de comerciante a industrial que de agricultor a industrial. También merece señalarse que los círculos de las finanzas del país, aunque predominantemente de descendencia árabe, no se cierran ante la conveniencia económica al extremo de que observamos el nombre de Canahuati asociado al de Goldstein.

Mientras tanto el desarrollo industrial de Costa Rica empieza a equipararse con su producción agrícola. Indudablemente su extensa clase media, con características raciales europeas y dotada de elevado nivel cultural, constituye de por sí una excelente base de consumo que le permite a sus empresas proyectarse, con su producción incremental, en los mercados centroamericanos. Todo parece indicar que, a la postre, Costa Rica logrará superar sus dificultades fiscales y su balanza de pagos.

La producción industrial de Nicaragua, en nuestra opinión, debe orientarse a las exportaciones de productos primarios ya industrializados del sector agropecuario y a enfatizar una mayor eficiencia de nuestras industrias de "transformación" para volverlas competidoras, de modo que el consumo nacional se incremente. Esto pondrá fin a nuestra difícil situación que, debido a los precios y al régimen libre de cambio, hacen de nosotros un polo de atracción para la competencia de los países del istmo. Un esfuerzo de esta clase resultará tanto o más efectivo que los impuestos que últimamente, al igual que otras medidas restrictivas, se han aplicado a los productos de origen centroamericano.

Finalmente sostenemos que los 13 millones de habitantes, a los cuales se dirige el Mercado Común Centroamericano, pueden constituir un factor de consumo tanto para nosotros como para los salvadoreños, guatemaltecos, hondureños y costarricenses, siempre que nuestra industria, sin dejar de recibir el apoyo del pueblo y del gobierno, sepa hacer uso eficiente de nuestros recursos, el más importante de los cuales es el humano.

Justo es reconocer que la industria, con el apoyo de los consumidores locales y de los incentivos gubernamentales, se esfuerza por ofrecer artículos de la mejor calidad posible y para que también, a mediano plazo, se lleguen a derivar ventajas en el precio de estos productos nacionales.

Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano, en vista de todo lo expuesto, presenta en este número totalmente dedicado al aspecto nicaragüense una serie de artículos suscriptos por empresarios y banqueros en los que abordan los principales aspectos de nuestro desarrollo industrial, y desde ahora ofrece sus páginas para otras ediciones similares que proyecten los aspectos industriales de cada uno y de los demás países del Mercado Común Centroamericano.

CONSIDERACIONES PARA UNA POLITICA INDUSTRIAL

Cada vez se enfatiza más la importancia que el desarrollo industrial tiene para los países del conglomerado mundial, y así, en los actuales momentos en que se confrontan diferentes intereses económicos y se hacen esfuerzos para tratar de superar situaciones evidentes de desigualdad, bajo la identificación de "países industrializados" se han agrupado aquellos de mayor desarrollo o llamados ricos, en contraposición, a los sub-desarrollados o en proceso de desarrollo.

Alrededor del balance favorable que la actividad industrial presenta sobre otros sectores de la producción, se aspira generalmente a buscar un cierto grado de industrialización. Pero conviene puntualizar que las ventajas de esta actividad implican supuestos, que ni son válidos ni son iguales en todos los países, resultando de tal circunstancia que países ricos en recursos materiales se mantienen en nivel de sub-desarrollo, en tanto que, países que compran cantidades considerables de materia prima y en lugares distantes, han logrado estructurar un avanzado proceso industrial.